

RESEÑAS

MEIKELJOHN, Norman: *The Church and the Lupaqa of Chucuito in the colonial period: Christianización or Evangelización?*; Center for Mission Studies-Instituto de Estudios aymaras. Maryknoll, New York 10545 (914-941-7590). 1984. Dos volúmenes offset 336 + 195 p. (notas y bibliografía)

El A., misionero norteamericano estudia en esta importante monografía con amplias vistas generales, la difusión del catolicismo durante la Colonia en la región donde trabajan sus compañeros o sea la provincia de Chucuito.

Sita en las orillas suroeste del lago Titicaca, la villa de Chucuito con sus siete pueblos, Acora, Llave, Juli, Zepita, Pomata, Yunguyo con sus extensiones de mitimaes en los valles de Sama y Moquegua en las vertientes del Pacífico, representa la parte más rica en hombres y ganado del Altiplano andino. Antaño "reyno de los lupaqa", la conquistaron los incas y después los conquistadores españoles. En el Virreinato del Perú, la provincia de Chucuito dependía directamente de la Corona Real; no tenía Encomenderos, pero sí Gobernadores y Corregidores.

Sus primeros misioneros, los dominicos, llegaron en 1542 y edificaron iglesias así como conventos, sacando pingües rentas de sus "doctrinas", como lo demuestran las tres "visitas" (1560-1567-1573) que informaron al Virrey sobre el poco trabajo apostólico realizado: los dominicos no sabían los tres idiomas usados por los indios o sea el aymara, el puquina y el quechua, así que no predicaban, no confesaban, además no bautizaban ni llevaban libros parroquiales; el culto se limitaba a ceremonias suntuosas, procesiones con cantos, bailes y música.

El Virrey D. Francisco de Toledo actuando en calidad de defensor del patronato real para quien cristianizar a los indígenas era el justificativo de la violenta conquista, quitó las doctrinas a los dominicos (1572), asunto que despertó contra él el odio de

esta potente orden religiosa; algunos años después (1576) el mismo Virrey obligó a la Compañía de Jesús a establecer una misión permanente en Juli donde se quedó hasta la expulsión (1767).

Después de los dominicos y hasta que lleguen los jesuitas (1573-1567) las doctrinas de Chucuito fueron entregadas al clero secular. El A. aprovecha esta circunstancia para intercalar aquí el estudio técnico de las varias estructuras eclesiales seculares locales. El capítulo sobre las actividades de los jesuitas en Juli hace de tercera parte.

Primero, la provincia de Chucuito formó parte de la diócesis del Cuzco (obispos: fray Vicente Valverde y fray Francisco Solano); pasó a la diócesis de La Plata (1552-1605) donde se sucedieron fray Tomás de San Martín y fray Domingo de Santo Tomás, y definitivamente a la diócesis de La Paz. Veintitrés obispos se sucedieron de 1609 a 1825: se pasa revista por sus visitas pastorales al cabildo eclesiástico y a los canónigos. En la parte principal, central de la obra, se estudia al doctrinero con los seminarios, la carrera eclesiástica, las varias categorías de clérigos, los beneficios, los sueldos, las parroquias (o "doctrinas"), los problemas del celibato y de un clero indígena, las rivalidades, las extorsiones escandalosas del doctrinero, un flagelo del Indio. El A. reconoce cuán bajo era el nivel del clero secular en su conjunto calificándolo de medieval.

Mientras tanto, en Juli, los jesuitas pobres, desinteresados, poseídos por el amor a las almas que quieren salvar se hacían doctrineros modelo; aprenden los idiomas vernáculos, predicaban, confiesan, casan, bautizan, fundan escuelas, un hospital y una caja de limosnas; cada año ayudan a los mitayos a su pasar para Potosí, pero su trabajo esencial es enseñar la doctrina cristiana a todos según su edad y su sexo; también ellos utilizan el esplendor de la liturgia, las procesiones, los cantos, los bailes, la música. Sus actividades apostólicas se extienden sobre toda la comarca; muy planificadas están metódicamente ordenadas y contabilizadas en relaciones e informes anuales durante casi dos siglos.

Para concluir, el A. hace un balance para apreciar el punto de llegada, distinguiendo tres grados en los resultados de la labor apostólica o sea la cristianización (por el bautismo), la evange-

lización (cambio en el modo de vivir) y la conversión (por la entrega a Cristo). A finales del siglo XVII, está realizada la primera etapa y no se habla más de la extirpación de los ídolos, la idolatría ha degenerado en hechicería, ya que los indios no están en condición mental de distinguir entre los elementos de sus creencias los que son anteriores a la conquista de los posteriores, por falta de la noción de la línea del tiempo cronológico. Con la excepción posible de Juli, no se pasó de la cristianización y eso por falta de amor cristiano al indio. El A. emite opiniones comedidas, benevolentes, y atestigua una gran experiencia de la vida práctica eclesiástica. Prudente y movido por el deseo de no herir a nadie es comprensivo en la valoración de los hechos expuestos. Por ejemplo, con penetrante agudez de espíritu, el A. sugiere una interpretación nueva y profunda de la línea de conducta de los misioneros dominicos: es posible que en grado rudo, tosco, bajo, reflejen la política misional de la orden; los dominicos rehusaban por España una misión providencial. Bartolomé de las Casas y la escuela de Salamanca con Domingo de Soto y Francisco de Vitoria en otro estilo, querían que los indios se convirtiesen al catolicismo por la persuasión no por la fuerza (El A. no menciona a Marianne Mahn-Lot: *Bartholémy de las Casas. L'évangile et la force*. Cerf, Paris 1964 pp. 61-62 y 104-108). Evoca el malogrado fray Francisco de la Cruz que fue doctrinero en Yunguyo y Pomata, antes de pasar siete años en los calabozos de la Inquisición en Lima donde fue quemado en 1578, siendo presente el P. José de Acosta; opinaba dicho dominico que los misterios de la religión cristiana no eran asimilables a la mente indígena, que no necesitaban los indios más que una fe implícita global para ser salvados, que no podían pecar mortalmente y que no tenían que confesar; en otros términos, pensaba que los indios no se podían convertir de un día a otro, sin transición, que no había que tener prisa, que mientras tanto podían seguir con sus "taquis" o bailes religiosos. Cita a Marcel Bataillon (nota 7, cap. II, 2). Maria Rostworowski comparte (en una conversación particular) esta manera de ver realista por ser el mundo mental del indio distinto y mal conocido. Los jesuitas racionalistas, humanistas del Renacimiento, profesaban a ejemplo del P. José de Acosta que todos los hombres están llamados y aptos a acceder al cristianismo y que una fe explícita era necesaria. Siente el A. no poder dar la opinión de los indios sobre el método de su evangelización...

En fin, se trata de un libro original en la ordenación de temas expuestos con claridad y serenidad en un estilo ágil y preciso... y en un inglés muy asequible. La documentación manejada es considerable tanto la manuscrita como la impresa. Las notas constituyen la tercera parte de la obra, añadiendo a veces ideas tan interesantes que se echa de menos que no vayan incorporadas al texto principal. No hay índices lo que es lástima para un trabajo que habrá de consultarse con frecuencia.

Marie Helmer

UNANUE, Hipólito, *Guía política, eclesiástica y militar del Virreynato del Perú, para el año 1793; edición prólogo y apéndices de José Durand. Publicación recomendada por la Academia Nacional de la Historia, Lima. Oficina de Asuntos Culturales, COFIDE, 1985, 424 pp., cuadros y mapas.*

Continuando una política laudable, la Oficina de Asuntos Culturales de la Corporación Financiera de Desarrollo acaba de publicar la *Guía de Unanue*; anteriormente había editado los tres volúmenes de la *Gaceta de Lima*. Todo este ambicioso proyecto destinado al rescate de las publicaciones periódicas de la Ilustración peruana lo ha emprendido y viene realizando José Durand, profesor de la Universidad de California, Berkeley

Se presenta la *Guía de 1793*, la primera, simultánea con el *Mercurio Peruano* y, como él, apadrinada (en su primer año) por la Sociedad Académica de Amantes del País de Lima. La edición adquiere mayor valor desde que se adjuntan los prefacios de las guías siguientes, hasta la última de 1797, con todos los cuadros estadísticos de las mismas, ediciones raras y no vistas anteriormente como un todo, según Durand señala fue la intención de Unanue. Dan una nutrida información, pero interesa destacar como aportación la visión de conjunto que esta edición rescata. Las guías tienen una larga historia que se remonta a los almanaques del último cuarto del siglo XVII, donde escribieron autores tan conocidos como Pedro Peralta y, ya en el XVIII promediado, Cosme Bueno. Destaca Durand en el prólogo que ilustra esta edición que en un volumen de Gacetas limeñas existentes en la Lilly Library (Universidad de Indiana-Bloomington), que con-